

afán tan poderoso y continuo como el de ocultarse a sí misma y a todas las criaturas, para ser conocida de Dios sólo, (Bto. Grignón) no ocultase su grandeza sin medida.

Por esto no nos satisface que S. Ignacio Mártir, que tuvo la dicha de ver a la Stma. Virgen, diga solamente «que en Ella se unió la santidad y hermosura angélica con la humana.» porque, aunque, como hija del hombre, era inferior por naturaleza a los ángeles, por los designios de Dios y por gracia, era y es tan superior a ellos como la Reina a los vasallos, como el ejemplar a las copias; y, aunque era humana, su belleza singularísima, no pudo ser producida por la naturaleza, aunque ésta, consciente de que se trataba de producir a su Señora, hubiera hecho un supremo esfuerzo para crear la obra más perfecta que puede salir de la rica combinación de sus admirables leyes, porque la naturaleza es impotente para producir un cuerpo en que se refleje del mejor modo posible las perfecciones inefables que Dios acumuló en la Stma. Virgen.

Más nos agrada la afirmación de Alberto Magno, quien hablando de la belleza corporal de la Stma. Virgen dice: «que fué muy semejante a la de los cuerpos gloriosos;» así lo persuade la razón, dice el autor de «Eva y Ave,» pues la obra perfecta procede de cuatro causas; material, eficiente, formal y final. «En la Virgen fué la material la nobleza de la sangre, de que por razones naturales procede ordinariamente disposición gentil; la eficiente fué la mano divina, por modo especialísimo en su concepción; la formal, su alma gloriosa, que debía vestirse de cuerpo que la mereciese; la final, haber de nacer de Ella el Hijo de Dios, con semejanza de hijo, como en efecto se pareció Cristo con Ella.»

Y todo esto que se dice de la belleza de la Stma. Virgen en general, sin circunscribirla a edad o época determinada de su vida, puede decirse de una manera especial de la Divina Niña, porque, teniendo en germen los elementos físicos, que desenvolviéndose formarían la plenitud de la her-